

Cuando la vi á usted por primera vez, la idea de ser amado no fué más que un sueño. Así es que, cuando me sentí atraído por usted, comprendí que la adhesión era lo único que podía disculpar mi ternura. Contemplando este retrato, admirando esa sonrisa llena de promesas divinas, una esperanza que no me prometía á mí mismo ha nacido en mi alma. Esta claridad de la aurora está incesantemente combatida por las ideas de la duda y por el temor de ofenderla á usted, si la dejo despuntar. No, comprendo que usted no puede amarme aún; pero á medida que haya visto usted el poder, la extensión y la duración de mi inagotable afecto, le dejará usted un pequeño lugar en su corazón. Si mi ambición es una injuria, dígamelo usted sin enojo, que yo volveré á mi antiguo papel; pero si usted quisiese procurar amarme, no se lo haga saber sin minuciosas precauciones al que cifra toda la dicha de su vida en servir á usted únicamente.»

Querida mía, al leer estas últimas palabras me pareció verle pálido como la noche en que le dije, al enseñarle la camelia, que aceptaba los tesoros de su abnegación. He visto en estas sencillas frases algo más que una simple figura retórica, como las que se usan entre amantes, y sentí en mi interior un cierto movimiento... el soplo de la dicha.

Ha hecho un tiempo horroroso y no me ha sido posible ir al bosque so pena de dar lugar á extrañas sospechas; pues mi madre, que sale con frecuencia á pesar de la lluvia, se ha quedado en casa.

*Miércoles por la noche.*

Acabo de verlo en la Ópera. Querida mía, ya no es el mismo hombre: ha venido á nuestro palco, presentado por el embajador de Cerdeña. Después de haber visto en mis ojos que su audacia no me desagrada, me pareció que estaba azorado, y le dijo *señorita* á la marquesa de Espard. Sus ojos lanzaban miradas que despedían una luz más viva que la de las arañas. Por fin salió como hombre que teme cometer alguna extravagancia.

—El barón de Macumer está enamorado—dijo la duquesa de Maufrigneuse á mi madre.

—Lo cual es tanto más extraordinario, cuanto que es un ministro caído—respondió ésta.

Tuve fuerzas para mirar á la señora de Espard, á la duquesa de Maufrigneuse y á mi madre con la curiosidad de una persona que no conoce una lengua extranjera y que quisiera adivinar lo que dicen. Pero, interiormentè, experimentaba una alegría voluptuosa que abarcaba mi alma. No hay más que una palabra para explicarte lo que siento: el arrobamiento. Felipe ama tanto, que lo considero digno de ser amado. Soy, indudablemente, el principio de su vida, y tengo en mi mano el hilo de su pensamiento. En fin, si he de confesarlo todo, diré que siento en mí el más violento deseo de verle franquear todos los obstáculos y llegar á mí para pedirme á mí misma, á ver si ese furioso amor se convertirá en humilde y tímido ante una sola de mis miradas.

¡Ah! querida mía, me he detenido y tiemblo aún. Mientras te escribía, he oído fuera un ligero ruido y me he levantado. Desde mi ventana le he visto andar por encima del muro con riesgo de matarse. He ido á la ventana de mi cuarto y no le he hecho más que un signo, obedeciendo al cual ha saltado del muro, que tiene diez pies de altura, y después ha corrido por el camino hasta una distancia en que yo pudiese verle para demostrarme que no se había hecho daño. Esta atención, en el momento en que debía estar aturdido por la caída, me ha enternecido tanto, que lloro sin saber por qué. ¡Pobre feo! ¿qué venía á buscar? ¿qué quería decirme?

No me atrevo á escribir mis pensamientos, y voy á acostarme llena de alegría, pensando en todo lo que nos diríamos si estuviésemos juntos. Adiós, hermosa muda. No tengo tiempo para reñirte por tu silencio, y sólo te diré que no olvides que hace ya un mes que no tengo noticias tuyas. ¡Serás ya feliz, por ventura? ¿No gozarás acaso de ese libre albedrío que te ponía tan orgullosa y que esta noche estuvo á punto de abandonarme?

XX

Renato de la Estorade á Luisa de Chaulieu

*Mayo.*

Si el amor es la vida del mundo ¿por qué lo suprimen en el matrimonio los austeros filósofos? ¿Por qué toma la sociedad

por ley suprema el sacrificar la mujer á la familia, creando de este modo necesariamente una lucha sorda en el seno del matrimonio? Esta lucha ha sido prevista por la sociedad y es tan peligrosa, que ha inventado poderes para armar al hombre contra nosotras, adivinando que podíamos anularlo todo, ya con el poder de la ternura, ya con la persistencia de un odio oculto. En este momento, veo en el matrimonio dos fuerzas opuestas que el legislador debía haber reunido. ¿Cuándo se reunirán? He aquí lo que me decía al leer tus cartas. Hermosa mía, una sola de tus cartas destruye este edificio construido por el gran escritor del Aveyrón, donde yo me había refugiado con tanta alegría. Las leyes han sido hechas por ancianos, y las mujeres lo han percibido; ellos han decretado sabiamente que el amor conyugal exento de pasión no nos envilecía, y que una mujer debía entregarse sin amor, toda vez que la ley permitía á un hombre hacerla suya. Preocupados con la familia, han imitado á la naturaleza, inquieta y afanosa únicamente por perpetuar la especie. Antes yo era un ser, y ahora no soy más que una cosa. Considerando esto, he devorado más de una lágrima, que hubiera derramado gustosa á cambio de una sola sonrisa consoladora. ¿De dónde proviene la desigualdad de nuestros destinos? El amor permitido agranda tu alma. Para ti, la virtud estará en el placer. Tú no sufrirás más que de grado. Tu deber, si te casas con Felipe, se convertirá en el más grato y en el más expansivo de los sentimientos. Nuestro porvenir es difícil de adivinar y lo espero con inquieta curiosidad.

Tú amas y eres adorada. ¡Oh! entrégate por completo á ese hermoso poema que tanto nos ha ocupado. Esa belleza de la mujer, tan fina y tan espiritualizada en ti, la ha hecho Dios así para que encante y agrade, y Dios siempre lleva su objeto. Si, ángel mío, oculta bien el secreto de tu ternura, y somete á Felipe á las sutiles pruebas que nosotras inventábamos para saber si el amante con quien soñábamos sería digno de nosotras. É indaga más bien si le amas que si te ama, pues nada es más engañoso que el espejismo que producen en nuestra alma la curiosidad, el deseo y la creencia en la dicha. Tú, que has sido la única de las dos que permaneces intacta, no te arriesgues sin arras en el peligroso mercado de un matrimonio irrevocable. Muchas veces un gesto, una palabra, una mirada en una conversación sin testigos, cuando las almas están desprovistas de su hipocresía mundana, ilumina un abismo. Tú eres bastante noble y estás bastante segura de ti misma para

poder marchar atrevidamente por senderos donde otras se perderían. Nunca podrías imaginarte la ansiedad con que te sigo. A pesar de la distancia, te veo y experimento tus mismas emociones. No dejes, pues, de escribirme; no omitas nada. Tus cartas me crean una vida apasionada en medio de mi hogar tan sencillo, tan tranquilo y tan sombrío como una carretera en un día nublado. Lo que yo hago aquí, ángel mío, es una serie de argucias conmigo misma, de las cuales quiero guardar hoy el secreto para hablarte mañana. Me entrego y me repongo con sombría obstinación, pasando del desaliento á la esperanza. Acaso haya pedido á la vida más dicha de la que nos debe. En los primeros años, las mujeres somos bastante dadas á querer que lo ideal y lo positivo estén de acuerdo. Mis reflexiones (y ahora las hago sola, sentada al pie de una roca de mi parque), me inclinan á creer que el amor en el matrimonio es una casualidad en la cual es imposible basar la ley que ha de regirlo todo. Mi filósofo del Aveyrón razona bien, al considerar la familia como la única unidad social posible, y al someter á ella á la mujer como lo ha estado en todo tiempo. La solución de este gran problema, casi terrible para nosotras, está en el primer hijo que tenemos. Por eso quisiera ser madre, aunque sólo fuera para dar pasto á la devoradora actividad de mi alma.

Luis sigue siendo adorablemente bondadoso, su amor es activo y mi ternura es abstracta; es feliz, y coge por sí solo las flores, sin preocuparse de la tierra que las produce. ¡Feliz egoísmo! Aunque me cueste algún trabajo, procuro mantener sus ilusiones, del mismo modo que una madre, según el concepto que yo tengo formado de ella, sabe morir por procurar un placer á sus hijos. Su alegría es tan profunda, que le cierra los ojos, y á veces se refleja sobre mí. Yo le engaño con una sonrisa ó con una mirada, nacidas de la satisfacción que me causa la seguridad de hacerle feliz. Así es, que el nombre cariñoso con que yo le designo en nuestro interior es el de «hijo mío». Espero el fruto de tantos sacrificios, que han de ser un secreto entre Dios, tú y yo. La maternidad es una empresa á la que he abierto un crédito enorme, que me debe hoy ya demasiado y que temo que no me pague nunca: ella es la encargada de desplegar mi energía, de agrandar mi corazón y de indemnizarme con ilimitados goces. ¡Oh, Dios mío! ¡ojalá que no me haya engañado! porque en ello estriba mi porvenir, y ¡cosa más terrible aún! el porvenir de mi virtud.

## XXI

## Luisa de Chaulieu á Renato de la Estorade

Junio.

Querida corza casada: Tu carta llegó á tiempo para justificarme á mí misma de un atrevimiento en el que pensaba día y noche. Hay en mí no sé qué apetito por las cosas desconocidas, ó, mejor dicho, prohibidas, que me inquieta y me anuncia dentro de mí misma un combate entre las leyes del mundo y las de la naturaleza. No sé si la naturaleza es en mí más fuerte que la sociedad, pero veo que en mi interior se pactan transacciones entre estos dos poderes. En fin, para hablarte con claridad, te diré que deseaba hablar con Felipe á solas durante una hora de la noche, bajo los tilos, al pie de nuestro jardín. Seguramente que este deseo es el de una joven que merece la calificación de *comadre avispada*, que la duquesa me da riéndose y que mi padre confirma. Sin embargo, juzgo prudente y juiciosa esta falta. Al mismo tiempo que le recompenso la multitud de noches que ha pasado al pie del muro, quiero saber lo que pensará mi Felipe de mi escapada y poder juzgarle en ese momento. Hacer de él mi esposo, si diviniza mi falta, ó no volver á verle más, si no se muestra tan respetuoso y tímido como cuando me saludó en los Campos Elíseos al pasar á caballo. Respecto al qué dirán, arriesgo menos viendo así á mi amante que sonriéndole en casa de la señora de Maufrigneuse ó en la de la anciana duquesa de Beauseant, donde me veo ahora rodeada de espías, pues sólo Dios sabe las miradas que se dirigen á una joven tildada de que hace caso á un monstruo como Macumer. ¡Oh! ¡si supieses cuánto me he agitado madurando este proyecto y cuanto me he ocupado en ver de antemano la manera como podía realizarse! Te he echado de menos, porque hubiéramos charlado durante muchas horas, perdidas en los laberintos de la incertidumbre y gozando de antemano de todas las buenas ó malas cosas de una primer cita de noche, en la sombra y el silencio, bajo los hermosos tilos del palacio de Chaulieu, penetrados por los mil resplandores de la luna. Palpitaba sola de emoción diciéndome: «¡Ah! Renato, ¿dónde estás?» pues tu carta ha hecho

desaparecer mis últimos escrúpulos. He echado por la ventana, á mi adorador estupefacto, el molde exacto de la llave de la puertecita del jardín, acompañado de este billete:

«Se trata de impedir que haga usted locuras. Si usted se desnucase un día, perjudicaría el honor de la que dice que ama. ¿Es usted digno de una nueva prueba de estimación, y merece que le conceda una entrevista á la hora en que la luna deje en la sombra los tilos del extremo del jardín?»

Ayer, á la una, en el momento en que Griffith iba á acostarse, le dije:

—Tome usted su abrigo y acompáñeme, querida mía. ¡Quiero ir al jardín sin que nadie lo sepa!

No dijo una palabra y me siguió. ¡Qué sensaciones, Renato mía! porque, después de haber esperado presa de encantadora angustia, le vi deslizarse como una sombra. Llegada al jardín sin tropiezos, dije á Griffith:

—No se asuste usted; está allí el barón de Macumer y por eso le mandé á usted venir conmigo.

Griffith no contestó.

—¿Qué quiere usted de mí?—me dijo Felipe con una voz cuya emoción anunciaba que el ruido de nuestras faldas y de los pasos sobre la arena en medio del silencio de la noche le habían puesto fuera de sí.

—Quiero decirle á usted lo que no sabría escribirle—le respondí.

Griffith se colocó á seis pasos de distancia. La noche era hermosísima, una de esas noches serenas, embalsamadas por las flores; al encontrarme casi sola con él en la grata obscuridad de los tilos, más allá de los cuales brillaba el jardín tanto más, cuanto que la fachada del palacio reflejaba con su blancura el resplandor de la luna, sentí un placer embriagador. Aquel contraste parecía ser una vaga imagen del misterio de nuestro amor, que ha de acabar con la brillante publicidad del matrimonio. Después de un momento que aprovechamos ambos para gozar del placer de esta situación nueva para los dos, y en la que tan asombrados estábamos uno como otro, volví á tomar la palabra.

—Aunque no temo la calumnia, no quiero que suba usted á ese árbol—le dije señalándole el olmo—ni á ese muro. Ya hemos hecho bastante, usted el colegial y yo la colegiala: ele

vemos nuestros sentimientos á la altura de nuestros destinos... Si usted se hubiese matado en la caída, yo moriría deshonrada...

Le miré y vi que estaba lívido.

—Y si usted hubiese sido visto, se hubiera sospechado de mi madre ó de mí.

—¡Perdón!—me dijo con voz débil.

—Pase usted por el bulevar, que yo oiré sus pasos, y, cuando quiera verle, abriré mi ventana; pero ese peligro no quiero correrlo yo ni que usted lo corra á no ser en circunstancias graves. ¿Por qué haberme obligado, con su imprudencia, á que yo cometa otra y á que le haga formar un mal juicio de mí?

Las lágrimas asomáronse á sus ojos, y esto me pareció la mejor respuesta del mundo.

—Debe usted comprender—le dije sonriéndome—que mi paso es excesivamente atrevido...

Después de una ó dos vueltas dadas en silencio bajo los árboles, volvió á tomar la palabra para decirme:

—Debe usted creerme estúpido, y, sin embargo, me embriaga de tal modo la dicha, que me encuentro sin fuerzas y sin decisión para nada; pero sepa usted al menos que en el mero hecho de permitirse usted ciertas acciones, éstas quedan ya santificadas para mí. El respeto que siento por usted sólo puede compararse al que siento por Dios. Además, miss Griffith está allí...

—Está allí para los demás, pero no para nosotros, Felipe—le dije vivamente.

Este hombre, querida mía, me comprendió.

—Ya sé—me dijo dirigiéndome una humilde mirada—que, aunque no estuviese allí, todo pasaría entre nosotros como si ella nos viese. Si no estamos delante de los hombres, estamos siempre ante Dios, y necesitamos tanto nuestra propia estimación como la del mundo.

—Gracias, Felipe—le dije tendiéndole la mano y haciendo un gesto que tú debes adivinar.—Una mujer, y tómeme usted por tal, está siempre dispuesta á amar á un hombre que la comprende. ¡Oh! ¡solamente dispuesta!—repuse llevándome un dedo á los labios.—No quiero que usted se forje más esperanzas de las que yo le doy en realidad. Mi corazón no pertenecerá más que á aquel que sepa leer en él y lo conozca bien. Nuestros sentimientos, sin ser absolutamente semejantes, deben tener la misma extensión y la misma elevación. No in-

tento agrandarme, porque lo que yo creo que son cualidades podrán ser muy bien defectos, de los cuales no quisiera carecer por nada del mundo.

—Después de haberme aceptado por servidor, me ha permitido usted que la ame—dijo temblando y mirándome á cada palabra.—Tengo, pues, más de lo que deseé en un principio.

—Pero creo yo que su situación es mejor que la mía—me apresuré á decirle,—y no me desagradaría cambiar, si bien es verdad que este cambio sólo de usted depende.

—A mí me toca ahora darle á usted las gracias—me respondió.—Conozco los deberes de un amante leal. Tengo que probarle que soy digno de usted y tiene usted perfecto derecho á tenerme á prueba tanto tiempo como desee. ¡Dios mío! si yo frustrase sus esperanzas, puede usted rehusarme.

—Ya sé que me ama usted—le respondí.—Hasta ahora (y recalqué cruelmente esta palabra) es usted el preferido, y por eso está usted aquí.

Entonces volvimos á dar algunas vueltas hablando, y debo confesarle que, tranquilo ya, mi español desplegó la verdadera elocuencia del corazón expresándome, no ya su pasión, sino su ternura, porque supo explicarme sus sentimientos haciendo una adorable comparación entre ellos y el amor divino. Su voz penetrante, que comunicaba un tinte especial á sus delicadas ideas, se parecía á los acentos del ruiseñor. Hablaba en voz baja, con el medio tono de su delicioso órgano, y sus frases se sucedían con la precipitación de un torbellino; su corazón se desbordaba con ellas.

—Basta—le dije,—porque permanecería aquí más tiempo del que debo.

Y con un gesto lo despedí.

—Heos ya comprometida, señorita—me dijo Griffith.

—En Inglaterra, acaso; pero en Francia, no—le respondí con indiferencia.—Quiero hacer un casamiento de amor y no ser engañada; eso es todo.

Ya lo ves, querida mía, el amor no venía á mí, é hice con él como Mahoma con su montaña.

*Viernes.*

He vuelto á ver á mi esclavo: se ha hecho tímido, ha tomado un aire misterioso y devoto que me agrada mucho y parece

penetrado de mi gloria y de mi poder. Pero nada, ni sus miradas, ni sus modales, permiten á las adivinatoras del mundo sospechar en él ese amor infinito que yo veo. Sin embargo, querida mía, no estoy subyugada, dominada ni oprimida; al contrario, soy yo la que oprime, la que domina y la que subyuga... En una palabra: razono. ¡Ah! quisiera recobrar aquel miedo que me causaba la fascinación del maestro, del plebeyo á quien me negaba. Existen dos amores: el que manda y el que obedece; ambos son distintos, y dan origen á dos pasiones, de las cuales la una no es la otra. Para darse cuenta de lo que es la vida, la mujer debe conocerlas bien. ¿Pueden confundirse estas dos pasiones? ¿Puede el hombre á quien inspiramos amor inspirárnoslo á nosotras á su vez? ¿Llegará un día en que Felipe sea mi amo? ¿Temblaré como él tiembla? Estas cuestiones me causan estremecimientos. ¡Qué ciego es! En su lugar, yo hubiera encontrado á la señorita de Chaulieu bajo aquellos tilos coquetamente fría, acompañada y calculadora. No, esto no es amar, esto es jugar con fuego. Felipe me agrada siempre, pero ahora me encuentro tranquila y á mi gusto. ¡Más obstáculos! ¡qué terrible palabra! En mí todo se borra, se tranquiliza y temo interrogarme. He hecho mal en ocultarme la violencia de su amor, porque me ha dejado dueña de mí. En fin, yo no poseo los beneficios de esta especie de falta. Sí, querida, por grande que sea la satisfacción que me proporciona el recuerdo de aquella media hora pasada bajo los árboles, considero el placer que experimenté muy inferior á las emociones que sentí cuando me preguntaba á mí misma: «¿Iré? ¿no iré? ¿Le escribiré? ¿no le escribiré?» ¿Ocurrirá lo mismo con todos nuestros placeres? ¿Será preferible aplazarlos á gozar de ellos? ¿Vale acaso más la esperanza que la posesión? ¿Serán los pobres los verdaderos ricos? ¿Habremos extendido ambos demasiado nuestros sentimientos desarrollando excesivamente las fuerzas de nuestra imaginación? Hay instantes en que esta idea me hiela. ¿Sabes por qué? Porque pienso ir al jardín sin Griffith. ¿Hasta dónde llegaré por este camino? La imaginación no tiene límites, pero los placeres sí. Dime, querida doctora en filosofía, ¿cómo conciliar estos dos términos de la existencia de las mujeres?

## XXII

## Luisa á Felipe

No estoy contenta de usted. Si no ha llorado usted leyendo *Berenice* de Racine, si no ha visto usted en ésta la más horrible de las tragedias, no me comprende usted, y, por lo tanto, no nos entenderemos nunca; rompamos, no nos veamos más, olvideme usted, porque, si no me responde de una manera satisfactoria, le olvidaré y no será usted para mí más que el señor barón de Macumer, ó, mejor dicho, no será nada, pues me conduciré como si nunca hubiera existido. Ayer, en casa de la señora de Espard, tenía usted un aire de satisfacción que me desagradó soberanamente. Parecía que estaba seguro de ser amado. En una palabra: la libertad de su espíritu me asustó, y no reconocí en usted, en aquel momento, al servidor que decía usted ser en su primera carta. Lejos de estar absorbido por el objeto amado, como debe estarlo el hombre que ama de veras, decía usted frases ocurrentes y graciosas en la conversación. El verdadero creyente no se porta de ese modo, y debe estar abatido ante la divinidad. Si no soy un ser superior á las demás mujeres, si no ve usted en mí el manantial de su vida, soy menos que una mujer, porque entonces soy sencillamente una mujer. Felipe, usted ha despertado mi desconfianza, lo cual ha sido bastante para extinguir la voz de la ternura; y, cuando considero nuestro pasado, me creo con derecho para ser desconfiada. Sépalo usted, señor ministro constitucional de todas las Españas, he reflexionado profundamente acerca de la pobre condición de mi sexo. Mi inocencia ha sostenido reverberos en su mano sin quemarse. Escuche usted bien lo que mi pobre experiencia me dice y lo que yo repito á usted. En cualquier otro asunto, la doblez, la falta de fe y el no cumplimiento de las promesas encuentran jueces, y éstos aplican castigos; pero no ocurre lo mismo con el amor, que tiene que ser á la vez víctima, fiscal, tribunal, abogado y verdugo; pues las más atroces perfidias, los más horribles crímenes, quedan desconocidos, se cometen de alma á alma, sin testigos, y está en interés del asesinado el callarse. El amor tiene, pues, su código propio, su venganza propia, y para nada

tiene que intervenir el mundo en él. Ahora bien, yo he resuelto no perdonar nunca un crimen, y entiendo que nada hay insignificante tratándose de cosas del corazón. Ayer parecía usted un hombre seguro de ser amado. Haría usted mal no teniendo esta certidumbre, pero sería usted criminal á mis ojos si esto le quitase la gracia ingenua que le daban á usted antes las ansiedades de la esperanza. No quiero verle á usted ni tímido ni fatuo, no quiero que tema usted perder mi afecto, porque eso sería un insulto; pero tampoco quiero que la seguridad le permita á usted mirar con ligereza nuestro amor. No debe usted nunca ser más libre de lo que soy yo misma. Si no conoce usted el suplicio que un solo pensamiento de duda produce en el alma, tiembale usted ante la idea de que yo pueda enseñárselo. Con una sola mirada, le entregué á usted mi alma y usted supo leer en ella. De usted son los sentimientos más puros que jamás hayan podido brotar en el alma de una joven. La reflexión, las meditaciones de que he hablado á usted, sólo enriquecieron á la cabeza; pero, cuando el corazón herido pida consejo á la inteligencia, créame usted, la joven imitará al ángel que todo lo sabe y lo puede todo. Se lo juro á usted, Felipe, si me ama usted como creo, y si ha de dejarme sospechar el menor decaimiento en los sentimientos de temor, de obediencia, de respetuosa espera y de sumiso deseo que usted anunciaba; si yo percibo un día la menor disminución en ese primero y hermoso amor que de su alma llegó á la mía, no le diré á usted nada, no le aburriré á usted con una carta más ó menos digna, más ó menos altiva ó colérica, ó únicamente de enfado como ésta; no le diré á usted nada, Felipe, me verá usted triste como esa gente que siente llegar la muerte; pero no morirá sin haber impreso la más horrible deshonra y sin haber envilecido de la manera más vergonzosa á la que usted amase, y sin dejarle á usted en el corazón eterno pesares, porque me verá usted perdida aquí abajo á los ojos de los hombres, pero nunca maldita en la otra vida.

De modo que no me haga usted sentir celos de otra Luisa dichosa, de una Luisa santamente amada, de una Luisa cuya alma se dilatara ante su amor sin sombra, y que poseía, como dijo sublimemente Dante

Senza brama, sicura ricchezza! (1).

(1) Poseer, sin temor, riquezas que no pueden ser perdidas.

Sepa usted que he hojeado su *Infierno* para conocer la tortura más dolorosa, un terrible castigo moral al que asociaré yo la eterna venganza de Dios.

Y sepa usted también, que ayer, con su conducta, me introdujo en el corazón la fría y cruel hoja de la sospecha. ¿Comprende? Dudé de usted, y sufrí tanto con ello, que no quiero dudar más. Si juzga usted su esclavitud demasiado dura, déjela usted, que no por eso lo tomaré á mal. ¿No sé yo ya que es usted un hombre de talento? Reserve usted todas las flores de su alma para mí, mantenga usted los ojos fríos ante el mundo, no se ponga usted nunca en el caso de recibir un halago, un elogio ó un cumplido de nadie. Venga usted á verme cargado de odio, excitando mil calumnias ó colmado de desprecio; venga usted á decirme que las mujeres no le comprenden, que marchan á su lado sin verle y que ninguna sabría amarle; entonces comprenderá lo que encierra para usted el corazón y el amor de Luisa. Nuestros tesoros deben estar bien enterrados, de modo que el mundo entero los pisotee sin sospecharlo. Si no fuese usted feo, indudablemente que nunca hubiese hecho yo de su persona el menor caso, ni hubiese descubierto en su interior el mundo de razones que hizo nacer mi amor; y, aun que no sepamos acerca de éstas más de lo que sabemos acerca de la manera como el sol hace brotar las flores ó madurar los frutos, sin embargo, entre dichas razones existe una que yo sé y que me encanta. Su sublime rostro de usted no tiene lenguaje, carácter, ni fisonomía más que para mí. Yo sola tengo el poder de transformar á usted y convertirle en el más adorable de todos los hombres; no quiero, pues, que su espíritu se me escape, ni que se muestre á los demás en mayor grado del que sus ojos, su encantadora boca y sus facciones les hablan. A mí sola toca iluminar las claridades de su inteligencia de usted, como ilumino sus miradas. Siga siendo, como antes era, ese sombrío y frío, ese desdenguado y tosco grande de España que no se impresionaba por nada. Era usted un salvaje dominio destruído, en cuyas ruinas nadie se aventuraba; era usted contemplado de lejos, y he aquí que ahora procura usted y abre con complacencia multitud de caminos para que todo el mundo penetre en ellos, pasando así á ser un amable parisiense. ¿No se acuerda usted ya de mi programa? Su alegría decía claramente que me amaba. Fué necesaria mi mirada para impedir á usted que diese á conocer en el salón más perspicaz, más burlón y más ocurrente de París, que Armada Luisa

María de Chaulieu le consideraba á usted gracioso. Le creo á usted demasiado grande para suponer que pueda emplear la más insignificante astucia política en su amor; pero, si no usa conmigo la sencillez de un niño, le compadeceré; y, á pesar de esta primera falta, sigue usted siendo objeto de una admiración profunda para

LUISA DE CHAULIEU.

### XXIII

#### Felipe á Luisa

Cuando Dios ve nuestras faltas, ve también nuestros arre-  
pentimientos. Tiene usted razón, querida dueña mía. Com-  
prendí que le había desagradado á usted, sin poder penetrar  
la causa de su disgusto; pero ya me lo ha explicado usted y me  
ha dado nuevos motivos para adorarla. Sus celos, semejantes á  
los del Dios de Israel, me colmaron de dicha. Nada es más  
santo ni más sagrado que los celos. ¡Oh, hermoso ángel de la  
guarda mío! los celos son el centinela que no duerme nunca;  
son, para el amor, lo que el mal es para el hombre, un verda-  
dero aviso. Está usted celosa de su servidor, Luisa: cuanto  
más golpes reciba, más humilde, sumiso y complaciente la-  
merá la mano que, al golpearle, le dice cuánto se interesa por  
él. Pero ¡ay de mí! ¿habrá sido únicamente Dios el que se ha  
dado cuenta de los esfuerzos que hice para vencer mi timi-  
dez, para sobreponerme á los sentimientos que usted cree  
débiles aún? Sí, gran esfuerzo tuve que hacer para mostrarme  
á sus ojos de usted como era antes de amarla. En Madrid  
se encontraba agradable mi conversación, y quise darle á us-  
ted á conocer lo que valía. Si esto es vanidad, buen castigo  
me ha impuesto usted. Su última mirada me produjo un es-  
tremecimiento como nunca había experimentado, ni siquiera  
cuando vi las fuerzas de Francia delante de Cádiz y mi vida  
amenazada. Buscaba la causa de su disgusto sin poder en-  
contrarla, y me desesperaba aquel desacuerdo de nuestra  
alma, porque yo debo obrar con su voluntad, pensar con su  
pensamiento, ver con sus ojos, gozar con su placer y sentir  
su pena, como siento el frío y el calor. Para mí, el crimen y la

angustia estaban en esa falta de simultaneidad en la vida de  
nuestro corazón, que usted ha sabido hacer tan bella. ¡Disgus-  
tarla! repetí después mil veces como un loco. Noble y her-  
mosa Luisa mía, si algo pudiese acrecentar mi apego absoluto  
á usted y mi creencia inmutable en su sana conciencia, sería  
su doctrina, que ha penetrado en mi corazón cual nueva luz.  
Usted me ha dicho á mí mismo mis propios sentimientos,  
usted me ha explicado cosas que eran confusas en mi espí-  
ritu. ¡Oh! si usted castiga de ese modo ¿cómo son sus recom-  
pensas? Ser su servidor era á todo lo que yo aspiraba. Pero re-  
cibí de usted una vida inesperada: hoy le pertenezco á usted,  
mi aliento no es inútil, mi fuerza tiene su empleo, aunque sólo  
fuese para sufrir por usted. Ya se lo dije y se lo repito: me en-  
contrará usted siempre igual á lo que era cuando me ofrecí  
como humilde y modesto servidor. Si, aunque la viese á usted  
deshonrada y perdida, como usted dice que podría estarlo, no  
por eso dejaría de aumentar mi ternura, y enjugaría sus lla-  
gas, las cicatrizaría, y convencería á Dios con mis ruegos de  
que no es usted culpable y de que sus faltas son el crimen  
de otro. ¿No le dije que mi corazón encierra para usted los  
diversos sentimientos de un padre, de una madre, de una her-  
mana y de un hermano? ¿que soy ante todo para usted una  
familia, todo y nada, según sus deseos? Pero ¿no ha sido usted  
misma la que encerró tantos corazones en el corazón de un  
amante? Perdóneme usted, pues, que sea de vez en cuando  
más amante que padre y hermano, en la seguridad de que  
hay siempre un padre y un hermano detrás del amante! Si pu-  
diere usted leer en mi corazón, cuando la veo hermosa y ra-  
diante, tranquila y admirada en el interior del coche, en los  
Campos Elíseos, ó en el palco del teatro!... ¡Ah! ¡si supiese  
usted cuán poco personal es mi orgullo cuando oigo algún  
elogio arrancado por su hermosura ó por su tocado, y cuánto  
amo á los desconocidos que la admiran! Cuando, por casuali-  
dad, alegra usted mi alma con un saludo, estoy á la vez hu-  
milde y orgulloso, me marcho como si Dios me hubiese ben-  
decido, vuelvo gozoso, y mi alegría deja en mí una larga huella  
luminosa: brillan las nubes del humo de mi cigarro y enton-  
ces conozco mejor que la sangre que hierve en mis venas es  
toda de usted. ¿De modo que no sabe usted lo mucho que  
es amada? Después de haberla visto, vuelvo al gabinete donde  
brilla la magnificencia sarracena, pero donde el retrato de us-  
ted lo eclipsa todo, cuando hago girar el resorte que le hace

visible á todas las miradas; entonces, me lanzo al infinito de esta contemplación y hago allí promesas de dicha. De lo alto de los cielos, descubro el curso de toda la vida que me atrevo á esperar. En medio del silencio de las noches, ó, á pesar del ruido del mundo ¿ha oído usted alguna vez resonar una voz en su adorada orejita? ¿Ignora usted las mil plegarias que le dirigen? A fuerza de contemplar á usted silenciosamente, he acabado por descubrir la razón de todas sus facciones y su concordancia con las facciones del alma; entonces hago, en español, sonetos que usted no conoce y que versan sobre ese acuerdo entre sus dos hermosas naturalezas; y digo que no los conoce usted, porque mi poesía es demasiado inferior á su objeto para que me atreva á enviárselos. Está mi corazón tan perfectamente absorbido por el suyo, que no estoy un momento sin pensar en usted, y si usted cesase de animar así mi vida, ésta se convertiría en un continuo sufrimiento. ¿Comprende usted ahora, Luisa, el gran tormento que tuvo que ser para mí el haber sido causa involuntaria de su disgusto y el no adivinar la razón de éste? Esta hermosa doble vida estaba detenida, y mi corazón sentía un frío glacial. En la imposibilidad de explicarme este desacuerdo, creí que ya no era amado, y volvía muy tristemente, pero feliz aún, á mi condición de servidor, cuando llegó su carta y me llenó de alegría. ¡Ah! ¡fíame usted siempre de ese modo!

Un hijo, que se había dejado caer, al levantarse pidió á su madre perdón, ocultándole su mal. Sí, pidióle perdón por haberle causado un disgusto. Pues bien, este hijo soy yo; no he cambiado, entrego á usted la llave de mi carácter con una sumisión de esclavo; mas tenga usted entendido, querida Luisa, que no volveré á dar un paso en falso. Procure que la cadena que me une á usted, y que usted mantiene con su mano, esté siempre bastante tendida para que al más insignificante movimiento pueda mostrar sus deseos al que será siempre

su esclavo,

FELIPE.

## XXIV

Luisa de Chaulieu á Renato de la Estorade

Octubre de 1824.

Querida amiga: Tú, que en dos meses te casaste con un pobre enfermizo de quien te hiciste madre, no conoces las espantosas peripecias de ese drama desempeñado en el fondo de los corazones y llamado amor, donde todo se convierte, en un momento, en trágico y donde la muerte está en una mirada, en una respuesta dada á la ligera. Como última prueba, reservé á Felipe una terrible y decisiva. He querido saber si era amada *¡á pesar de todo!* grande y sublime palabra de los realistas, y ¿por qué no de los católicos? Se ha paseado durante toda una noche conmigo bajo los tilos y en el fondo de nuestro jardín, y ni una vez asomó á su alma la más ligera sombra de duda. Al día siguiente era más amada, y para él tan casta, tan grande y tan pura como la víspera, pues no se había aprovechado para nada de su posición. ¡Oh! ¡es bien español y bien abencerraje! Se subió al muro para besar la mano que yo le tendía en la sombra desde mi balcón; estuvo á punto de matarse; pero ¿cuántos jóvenes hubieran hecho otro tanto? Mas esto no es nada: los cristianos sufren espantosos martirios para ir al cielo. Anteayer por la noche llamé aparte al futuro embajador del rey en la corte de España, á mi distinguido padre, y le dije sonriendo:

—Señor, para un pequeño número de amigos, usted casa con el sobrino de un embajador á su querida Armanda, á la que éste, deseoso de semejante alianza, que ha mendigado ya mucho, asegura en el contrato de matrimonio su inmensa fortuna y sus títulos después de su muerte, dando desde luego á los dos esposos cien mil francos de renta, y reconociendo á la futura una dote de ochocientos mil. Su hija de usted llora, pero sucumbe al fin ante el ascendente irresistible de su majestuosa autoridad paterna. Algunos malévolos dicen que su hija oculta bajo su llanto una alma interesada y ambiciosa. Vamos esta noche á la Ópera, al palco de los hidalgos, y el señor barón de Macumer irá allí.

—¿De modo que no marcha bien eso?—me respondió mi padre sonriendo y tratándome como embajadora.

—¿Toma usted á Clarisa Harlowe por Figaro?—le dije dirigiéndole una mirada llena de desdén y de mofa.—Cuando me vea usted sin guante en la mano derecha, desmentirá usted ese rumor impertinente y se mostrará ofendido.

—Ya puedo estar tranquilo respecto á tu porvenir: tanto tienes tú cabeza de joven soltera como Juana de Arco corazón de mujer. Tú serás feliz, no amarás á nadie y te dejarás amar.

Ante esas palabras, solté una carcajada.

—¿Qué te pasa, coquetuela mía?—me dijo.

—Tiemblo por los intereses de mi país...

Y viendo que no me comprendía, añadió:

—En Madrid.

—Después de un año de estancia aquí, le sería á usted imposible comprender la burla que esta religiosa hace de su padre—le dijo á la duquesa.

—Armanda se burla de todo—replicó mi madre mirándome.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—le pregunté.

—Que no teme usted la humedad de la noche, que puede ocasionarle un reumatismo—dijo lanzándome una nueva mirada.

—¡Son tan calurosas las mañanas!...—le respondí.

La duquesa bajó los ojos.

—Ya es tiempo de casarla—dijo mi padre,—y espero que se hará antes de mi marcha.

—Si usted quiere, sí—le respondí sencillamente.

Dos horas después, mi madre, yo, la duquesa de Maufrigneuse y la señora de Espard, estábamos como cuatro rosas en la delantera del palco. Me puse de lado presentando un hombro al público, y pudiendo verlo todo sin ser vista desde aquel espacioso palco, que ocupa una de las dos divisiones del fondo del anfiteatro, entre las columnas. Macumer llegó, se mantuvo de pie, y colocó sus gemelos en dirección á mi para poder contemplarme á su gusto. En el primer entreacto, entró en el palco el que yo llamé «el rey de los impúdicos», un joven de hermosa figura femenina. El conde Enrique de Marsay se presentó con un epigrama en los ojos, una sonrisa en los labios y un aire alegre en toda su figura. Hizo los primeros saludos á mi madre, á la señora de Espard, á la duquesa de Maufrigneuse, al conde de Esgrignón, al señor de Canalis, y después me dijo:

—No sé si seré el primero en felicitar á usted por un acontecimiento que va á hacerla objeto de envidia.

—¡Ah! ¡un matrimonio!—dije.—¿Será preciso que una joven salida del convento le enseñe á usted á saber que nunca se llevan á cabo los matrimonios de que se habla?

El señor de Marsay habló al oído del barón de Macumer, y por el movimiento de sus labios, comprendí perfectamente lo que decía:

—Barón, usted ama sin duda á esa coquetuela, que se ha servido de usted; pero, como se trata de matrimonio y no de una pasión, es preciso saber siempre lo que ocurre.

Macumer dirigió al oficioso calumniador una de esas miradas que son á mi modo de ver un poema, y le contestó algo así como: «Nunca he amado á esa coquetuela», con un aire que me maravilló tanto, que me quité en seguida el guante al ver á mi padre. Felipe no tuvo el menor temor ni la menor sospecha. Su carácter ha respondido admirablemente á lo que yo esperaba de él: sólo en mí cree, y el mundo y sus mentiras no le alcanzan. El abencerraje no ha pestañeado, y su sangre azul no tiñó siquiera su faz verdosa. Los dos jóvenes condes salieron, y yo dije entonces riendo á Macumer:

—El señor de Marsay le ha hecho un epigrama de mí.

—Mucho más que un epigrama—me respondió;—un epitafio.

—Me habla usted en griego—le dije sonriendo y recompensándole con cierta mirada que le hace perder siempre su seriedad.

—Así lo espero—exclamó mi padre dirigiéndose á la duquesa de Maufrigneuse.—Corren por ahí chismes infames. Tan pronto como una joven se presenta en el mundo, parece que sienten rabia por casarla y se inventan cosas absurdas. Nunca casaré á Armanda contra su gusto. Voy á dar una vuelta por la sala de descanso, porque podría creerse que dejo correr ese rumor para iniciar al embajador ese matrimonio; y la hija del César debe inspirar aún menos sospechas que su mujer, la cual no debe inspirar ninguna.

La duquesa de Maufrigneuse y la señora de Espard miraron primero á mi madre y después al barón con un aire malicioso, socarrón, astuto, y lleno de interrogaciones contenidas. Estas finas culebras acabaron por entrever algo. De todas las cosas secretas, el amor es la más pública, y yo creo que las mujeres lo exhalan. Así es que, para ocultarse mejor, la mujer debe ser